



Juan Manuel Rozas

**Sacras luzes del cielo. El soneto 161 de
Burguillos, un epifonema de sus Rimas
humanas y divinas y de la obra poética de
Lope**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Manuel Rozas

Sacras luzes del cielo. El soneto 161 de Burguillos, un epifonema de sus Rimas humanas y divinas y de la obra poética de Lope

Universidad de Extremadura

Discúlpase el poeta del estilo humilde

Sacras luzes del cielo, yo he cantado
en otra lira lo que avéis oído;
saltó la prima y el bordón lo ha sido
al nuevo estilo, si le avéis culpado.

De mí mismo se burla mi cuidado, 5
viéndome a tal estado reduzido;
pero, pues no me avéis favorecido,
¿por qué disculpo lo que avéis causado?

Entre tantos estudios os admire, 10
y entre tantas lisonjas de señores,
que de necesidad tal vez suspire;
mas tengo un bien en tantos disfavores,
que no es possible que la embidia mire:
dos libros, tres pinturas, quatro flores.

(Lope de Vega, Rimas humanas y divinas del Licenciado Tomé de Burguillos)

Existe en las Rimas humanas y divinas del Licenciado Tomé de Burguillos, de Lope de Vega, un soneto que tiene carácter epilodal. Se halla situado al final de la obra, antes de La Gatomaquia y sus preliminares, antes de la canción Murmuravan al poeta a la parte donde amava, por los versos que hacía, que reelabora otra que había sido publicada, hacía años, en las Flores de poetas ilustres, de Pedro de Espinosa (Valladolid, 1605), antes de las anecdóticas, por su número e importancia, Rimas divinas que cierran el libro. Es el soneto

ciento sesenta y uno, Discúlpase el poeta del estilo humilde, última de las composiciones de esa índole que se insertan en el poemario, salvado el soneto ciento sesenta y tres, De Doña Teresa Verecundia al Licenciado Tomé de Burguillos, que da paso a La Gatomaquia y le sirve de prólogo, y el ciento setenta y dos, de las Rimas divinas, dedicado al «Santo Niño de la Cruz que habló a la Santa Juana».

Este soneto merece ser estudiado, analizado, no por su especial valor poético, que no es de los mejores del libro, sino por la capital importancia de su significado: es el epifonema de lo que propiamente es el libro de Burguillos, sus sonetos, y, a la vez, es el epifonema de la creación poética dada a conocer en vida por Lope, ya que no hay que olvidar que este será el último libro publicado por el Fénix antes de morir, pues La Vega del Parnaso, obra seguramente prevista por Lope como recopilatoria de sus últimos poemas grandes (églogas, elegías y epístolas), apareció póstumo en 1637, no llegando él a darle el visto bueno, como lo prueba el que la Epístola a Claudio allí se llamase absurdamente égloga.

Este soneto tiene concomitancias con el poema El Siglo de Oro, escrito pocas horas antes de morir. Pero El Siglo de Oro no cierra voluntariamente nada (él no sabía la cercanía de su muerte); y éste cierra su postrer libro de Rimas. Había publicado unas típicas Rimas renacentistas en 1602; unas Rimas sacras, existenciales en lo religioso, en 1614; y la tercera colección de sonetos se llamará Rimas humanas y divinas. Dada la poca importancia, lo accidental y, tal vez, estratégico de la parte divina, el adjetivo humana queda, hoy, no como lo opuesto a lo divino, sino per se, como la producción más humana de Lope. Aquí ni dedicado al amor humano ni al divino (ni crítico ni sacro), sino a su propia personalidad en el momento de su vida en el que hace testamento poético.

Así el soneto ilumina todo el libro y, sin querer, toda la vida del poeta, como consecuencia de su mala (y buena) cabeza. El poema se escribe para dar remate y explicación al libro: «yo he cantado», es decir, acabo de cantar, acabo de terminar mi canto; y reflexiono y aclaro lo cantado.

El epígrafe, Discúlpase el poeta del estilo humilde, es doblemente una captatio estratégica. Es dos veces humilde: se disculpa y se disculpa del «estilo humilde». En el poema número ciento sesenta y dos, Murmuravan al poeta, al reescribirlo ahora, -la primera versión es de hacia 1600-, ha cambiado la expresión «estilo socarrón» por «estilo humilde». Es un leit motiv del libro. Se disculpa varias veces de ello, y, en concreto, con el desdoblamiento del heterónimo, se disculpa Burguillos con Lope en dos sonetos consecutivos, los números ciento treinta y seis y ciento treinta y siete. En conjunto parece el libro más humilde de Lope, y es el más valiente y conflictivo. Y el que se escribe con más consciencia y seguridad. De los tres estilos de la retórica finge elegir el humilde, pero en realidad es el elevado el que usa, pero no por retórica, sino por poesía o por personalidad. Por modernidad. En principio justifica su humilde estilo por ser Burguillos un poeta burlesco, facecioso a la italiana. Pero esa es la máscara. En un grado más verdadero es humilde contra la hinchazón tan bella en los mejores poetas culteranos. Pero en un tercer grado, es humilde como protesta social por los tiempos que no están para hablar de veras y sí para parodiar el mundo, literaria, social o institucionalmente.

Situados en el punto de vista del poema y en su título, examinemos su interior. Por una vez en todo el libro se dirige a alguien muy especial, a las sacras luces del cielo. No a las Musas, no a Apolo o Palas o a otros dioses. A las estrellas. Lope gustó mucho de la astrología, y estas Rimas de Burguillos lo ejemplifican bien. En ellas es posible hallar menciones a las estrellas y su influjo sobre la vida humana:

Si bien no a todos fiera y inhumana,
estrella sigue y saturnal cometa

(soneto 51, vv. 5-6)

No digo yo que fuerçan las estrellas;
que inclinan, digo:

(soneto 98, vv. 9-10)

con que sabréis cuál fue la estrella mía

(soneto 99, v. 8)

Pero, en momento tan solemne, que se dirija a las estrellas no es acarreo literario, sino verdad vivencial. Ellas son el destino. Y o es todo literatura, y Burguillos no lo es, siéndolo mucho, en profundidad, o destino, estrella es un eufemismo, no consciente dentro de la mente barroca de Lope, de Providencia. No está esto explícito ni siquiera en la mente de Lope. Pero, leído hoy, no tiene otra explicación. Tal vez destino sea para él la fortuna, su mala fortuna con el mecenazgo y el poder en los últimos años. Pero de ahí no podemos rebajar el sentido solamente de sacras estrellas (y cuando veamos lo que éstas, o aquél, le han hecho comprenderemos mejor; pero eso es cosa del segundo cuarteto).

El primer cuarteto es una exposición, en cierto modo técnica, de su disculpa y de su estilo humilde. Acabo de cantar, oh estrellas, lo que habéis oído. Nueva solemnidad, ellas y él solo, sin lector. Ellas no leen, oyen, omniscientes, lo que se dice. Y lo que han oído ha sido fruto de «otra lira». No la lira del Renacimiento y del Barroco típico, sino de la burla, la parodia y la crítica literaria y social. Esa lira es el alter ego lúcido de Lope, Burguillos. No el Lope de las Rimas de amor y de las Rimas sacras, o de La Circe, o de La Filomena, liras elevadas. Y le dice, con términos musicales muy expresivos: saltó la prima y el bordón lo ha sido / al nuevo estilo. Nuevo de verdad en la época. La prima, o primera en el orden, es la cuerda más delgada de todas y la que suena más rápida. El bordón son las más gruesas y finales, que hacen los tonos mas graves, del bajo. Pero aquí, claro, es metáfora. La prima, por más delgada e indefensa, saltó, y el bordón, la última ha dado sus notas graves. Y más:

el primer estilo, más agudo, se ha hecho al final de la vida más grave, más bajo, más doloroso. Tremenda paradoja, pues este estilo es burlesco y paródico, agudo de estilo y humor. Bordón quiere decir literalmente el último estilo, el nuevo. Pero queda en el subconsciente su, -desde su significante-, significado de gravedad, de bajo, de serio. Sin perder el de burla. Con la afirmación si le avéis culpado, Lope se previene. Condicional, pero no dada, a juzgar por lo que sigue escribiendo, por el hecho de escribir, que sí que le hace culpado. ¿Él mismo se culpa? Sí, Lope sí; como Burguillos, no. Lope hubiera preferido seguir como antes. Pero nos hubiese dejado, desde 1630 a 1635, sin lo más mundano y personal de su obra: La Dorotea, las églogas, El castigo sin venganza, la Epístola a Claudio, El Siglo de Oro, La Gatomaquia, y los sonetos de Burguillos.

La condicional que acabamos de comentar se responde en los versos siete y ocho. Pero antes, como un paréntesis fundamental, Lope explica: De mí mismo se burla mi cuidado. Esta introducción con pronombres, De mí mismo, la aprendió Europa del petrarquismo, y del amor pasó, -pasa aquí-, al examen de conciencia general frente al destino: di me medesimo meco mi vergogno, dice Petrarca. De mí mismo me burlo, De mí mismo se burla mi cuidado, mi cuita, mi dolor, mi solicitud, mi cargo, mi «rezélo y temór de lo que puede sobrevenir», que todo eso entiende el Diccionario de Autoridades y la tradición poética. Pero él se ve reducido a un tal, un mal, estado. Por tanto, lo que puede sobrevenir ha llegado. Es el soneto final del libro final. Y lo ha escrito salvándose por el humor y la ironía, por la burla de todos y de sí mismo.

Lo escribe, salvándose de tal modo, -y ahora enlazamos con las «sacras estrellas», con el destino-, directamente. Pero luego tiende a pedir disculpas, en el epígrafe y en otros lados del libro. Sí, sois vosotras, o tú, las que habéis causado, o el que ha causado, tales trastornos, pues no me habéis favorecido. En la profundidad de la queja, la obsesión: el mecenazgo no concedido por el poder. Ese tú, obsesivo y terco de vejez, y algo equivocado tal vez, va dirigido a todos. Al destino, que lo es todo, del Rey y los poderosos. A los escritores jóvenes. A la vida, que hace viejos a los hombres, y cuando más necesitas del destino, éste, a tenor de las fuerzas, problemas y flaquezas, parece resultar más contrario.

No hay un eje entre cuartetos y tercetos. Esto vendrá luego. El soneto sigue con el mismo tono y asunto básico que comenzó. Es de admirar, -y os admiráis vosotras, estrellas-, que yo que he hecho todo lo posible por triunfar (Lope se olvida, en su obsesión de viejo, de sus grandes logros): estudiar mucho, saber mucho y tener mucho talento; y además me he pasado la vida al servicio del sistema, de los señores, a los que he lisonjeado tanto; es de admirar que, a pesar de ello tal vez, y a veces, suspire, me queje de necesidad moral y económica, del triunfo, sin mecenazgo, su premio oficial de senectud.

No hacía falta decir que el soneto lo escribía el Lope-Lope, no el Lope-Burguillos. Pero es el momento de recalcarlo. Burguillos, como explicamos en otro lugar, le había dado a Lope una forma de pluma, de lucidez: que no cantase ya a los nobles, que se moriría de hambre. En el soneto veintiocho, Cortando la pluma, hablan los dos, dice la pluma, volviéndose a su natural ganso, a su naturaleza, lejos del artificio y del arte de escribir y vivir: «nacer bolando y acabar mintiendo». Esta es la guerra, muy lejana a la de los contrarios tópicos petrarquistas; la guerra entre los dos Lopes de vejez, el terco del mecenazgo y el lúcido, Lope y Burguillos. Lo que explica en profundidad todo el libro.

Y ahora viene el eje, con la adversativa mas. Ahora Lope y Burguillos se van a poner de acuerdo, y el amor propio, al final de todo el soneto, va a ser de lucidez y de verdadera sencillez, la sencillez soberbia del intelectual. Entre tantos desfavores tengo un bien, una cualidad de intelectual y de belleza de escritor, que nadie, ni la envidia, puede mirar ni derribar. Escuetamente, en solemne y sencillo verso trimembre:

dos libros, tres pinturas, quatro flores

Orgullo y palinodia. Las anécdotas, verdaderas y claras, del Lope apasionado, no dejan ver su lado de intelectual y poeta consciente y reflexivo. Con lo que esto tiene de clasicismo y de clase social, rondando la burguesía en una de sus pocas virtudes claras: el recogimiento cómodo de una casa, con una biblioteca. La casa tenía un lema:

Parva propria, magna.
Magna aliena, parva.

Y el estudio o biblioteca, un lema de Séneca:

Laudes et injuriae vulgi in promiscuo habendae sunt; nec de his dolendum, nec de illis gaudendum.

Es decir, «Las alabanzas y vituperios del vulgo se han de juzgar indistintamente: ni hay que dolerse de éstos, ni hay que alegrarse de aquéllas». Lope fue bastante bibliófilo, pero no excesivo, sino por ser un hombre de estudio. Lope gustó de coleccionar pintura en su casa. Lo muestra su testamento primero. Y la Fama póstuma y el Huerto deshecho muestran su amor, tan moderno, -«hortelano era Belardo»-, por las flores, por su jardín y la naturaleza, que él mismo cuidaba.

He ahí la persona, el individuo, el intelectual. Y es curiosa, para terminar, Lope y yo, la gradación: dos libros, tres cuadros, cuatro flores. Debería ser al revés. Pero la rima, entre otros factores, ha destacado, por la retórica de la gradación, el orden. Lo primero que se le viene a la boca, a la pluma, son los dos libros (dos librillos y la casilla, dice en el Epistolario). Sea de cualquier forma: poesía, arte, naturaleza.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

